



1



La costa de Cornwallles tres meses antes...

No era uno de sus mejores días. Brynn Caldwell se zambulló bajo la cálida espuma tratando de ahogar su bullente furia en la profundidad de la marea. Su frustración con su hermano mayor, Grayson, había alcanzado los límites de su resistencia.

Murmuró un juramento, salió a la superficie y rodó sobre su espalda deseando calmarse. Aquella no era la primera vez que había discutido inútilmente con Gray y buscado refugio en la apartada cala que había bajo su casa. La entrada estaba flanqueada por dentados cantos rodados y, por detrás, un acantilado bajo protegía la rocosa piscina natural de miradas curiosas. Ella acudía allí siempre que podía, o cuando sentía necesidad de paz, como en aquellos momentos.

Allí podía liberarse de las estrechas restricciones que se autoimponía. Allí podía olvidar los problemas que constantemente la preocupaban: cómo acabar con la pobreza de su familia y cómo proteger a su hermano menor, Theodore, de las peligrosas nociones educativas de Gray.

El sol del atardecer de julio calentaba su rostro mientras Brynn flotaba y la salada agua marina relajaba su crispado humor. Sin embargo, nunca se había sentido tan impotente. Aquel día, a medianoche, Gray se proponía llevarse a Theo a una incursión de contrabando y, pese a haber discutido con él hasta enronquecer, Brynn no pudo hacer nada para impedirlo.





—¡Al diablo con él! —murmuró. Una imprecación que solía pronunciar últimamente dirigida a su hermano mayor.

Quería mucho a Grayson, pero involucrar a un chiquillo en sus ilícitas actividades era absolutamente criminal.

La indignaba sentirse tan impotente. Había criado a Theo desde que era un bebé, desde que su madre había muerto de parto doce años antes, y estaba desesperada por evitarle el peligro en que vivían sus otros cuatro hermanos y ella misma.

En la costa de Cornualles, el contrabando era un modo de vida. Habiendo crecido allí, ella aceptaba los medios ilegales a los que recurría la gente del lugar simplemente para sobrevivir; traficando con mercancías tales como brandy y seda sin pasar por los aduaneros para evitar los abrumadores impuestos.

Pero el Libre Comercio era muy peligroso. Su padre había perecido en una tormenta hacía varios años cuando trataba de escapar de un guardacostas aduanero. Y lo mismo les había pasado a otros muchos vecinos del distrito, dejando atrás viudas y huérfanos sin ningún medio de subsistencia.

Y ahora, Grayson se proponía implicar a Theo en una próxima incursión de contrabando de brandy para que pudiera «empezar a poner algo de su parte» y contribuir así a aliviar las agobiantes deudas que su padre había dejado. Brynn se sentía furiosa.

Estuvo flotando un rato más, luego volvió a nadar un rato, tratando en vano de consumir su frustración. Cuando volvió a la playa estaba físicamente agotada, pero mientras escalaba el saliente de la piscina rocosa, sus sentimientos de culpabilidad, ira e impotencia eran igual de intensos.

Se quedó un momento inmóvil, goteando y escurriéndose la larga cabellera. La brisa marina la secaría rápidamente, porque aquella zona de la costa de Cornualles disfrutaba de uno de los climas más cálidos de toda Inglaterra.





Sin embargo, cuando se dirigió hacia la toalla que había dejado en el suelo, descubrió que ésta había desaparecido. Alzó la mirada buscándola y vio al intruso que se encontraba en su santuario privado. Brynn se quedó paralizada, con el corazón martilleándole en el pecho.

El hombre se apoyaba despreocupadamente contra una roca y la observaba desde las sombras del atardecer. Vestía informalmente calzones, relucientes botas y una camisa blanca de batista sin pañuelo. No obstante, sólo había deliberación en la manera en que la examinaba lentamente con la mirada.

Brynn retrocedió un paso alarmada. ¿Cómo habría encontrado él el camino por el trecho rocoso de playa bajo la roca? ¿Había descubierto la cala bajo la casa y su túnel secreto? No parecía un aduanero, pero los hombres del gobierno a veces vagaban por aquellas playas en busca de contrabando.

—¿Quién es usted? —preguntó jadeante—. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—He bajado —repuso, señalando con la cabeza hacia las rocas que tenía sobre él.

—No ha respondido a mi pregunta.

Advirtió que era alto y de cuerpo ágil y fuerte, con cabellos oscuros y rizados, algo más largos que la moda del momento. Cuando salió de las sombras, ella fijó la mirada en su rostro. Sus finos y aristocráticos rasgos eran sorprendentemente hermosos, apenas salvados de la arrogancia por una boca sensual. Sus densas y espesas pestañas rodeaban unos ojos de un color sorprendente, el del profundo azul del océano en un radiante día de verano, y la dejaron paralizada.

—Soy Wycliff —dijo simplemente, como si eso debiera impresionarla.

En realidad, lo estaba. Conocía el nombre del rico y poderoso





conde de Wycliff. Tenía fama de ser un famoso crápula y dirigente de la infame Liga del Fuego del Infierno, un club exclusivo de perversos nobles dedicados al placer y al libertinaje. De pronto, Brynn fue muy consciente de una clase diferente de peligro. Simplemente por estar a solas con él, su reputación podría quedar manchada.

—Eso no explica qué está usted haciendo aquí —replicó ella mordaz.

—Estoy visitando a un amigo.

—¿Se da cuenta de que ha accedido aquí ilegalmente?

El hombre curvó la boca en una encantadora semisonrisa.

—No pude resistirme al placer de observar a una ninfa marina retozando en su reino. Ni siquiera estaba seguro de que usted fuera real.

Le tendió su toalla, pero Brynn retrocedió otro paso, cautelosa. Todos sus instintos le advertían que huyese. Descaba retroceder mucho más, pero con la piscina directamente tras ella no tenía adónde ir salvo al agua.

—No debe temerme —le dijo él tranquilizador—. No tengo la costumbre de forzar a hermosas mujeres, por muy ligeras de ropa que vayan.

—Eso no es lo que tengo entendido... —comenzó Brynn, pero luego se miró a sí misma y tuvo que sofocar un grito.

La camisa que vestía se había vuelto totalmente transparente, con el agua mostrando sus senos con sus rosados pezones arrugados y el vello castaño rojizo del vértice entre sus muslos. Sonrojada, fue hacia él y le arrebató la toalla de las manos, luego envolvió su cuerpo con ella, protegiendo sus encantos de su escrutadora mirada.

—No voy a abusar de usted. Al fin y al cabo, soy un caballero.

—¿Lo es? —repuso ella escéptica—. Un caballero se alejaría al punto y me permitiría vestirme en privado.





Una lánguida sonrisa iluminó sus ojos azules, pero no hizo ningún movimiento para complacer sus deseos. Molesta por su arrogancia, Brynn pasó por su lado con paso airado y caminó descalza por los guijarros hacia la roca donde había dejado su vestido y sus zapatillas. Sin embargo, apenas había dado cuatro pasos cuando un dolor agudo en la planta de su pie izquierdo le hizo proferir un resoplido. Se detuvo bruscamente y se apoyó en una pierna maldiciendo su torpeza. Se había hecho un corte en el pie con una concha o una roca.

—Está sangrando —dijo tras ella una voz preocupada.

—Estoy perfectamente.

Cuando trató de avanzar cojeando hacia sus ropas, se encontró de pronto asida por unos fuertes brazos.

Brynn sofocó un grito escandalizada.

—¿Cómo se atreve? ¡Déjeme en el suelo! —exigió.

Y trató de liberarse, pero sus esfuerzos fueron en vano. No sólo Wycliff era más alto y ágil sino que, asimismo, era sorprendentemente musculoso y, en conjunto, demasiado dominante para el gusto de Brynn, tanto en modales como en su tono de voz.

—Estese quieta —le ordenó—. Sólo deseo examinar su herida.

La transportó como si no pesara más que un milano y la depositó sobre una roca, de modo que quedó sentada frente a él, con las rodillas a la altura de su ancho pecho.

Brynn lo miró desaprobadora, mas él le devolvió una traviesa sonrisa. Al ver que su mirada revoloteaba sobre su seno, descubrió que la toalla se le había soltado y la asió bruscamente, cubriéndose los senos expuestos de una manera tan indecente. No obstante, no podía hacer nada para ocultar sus piernas, que estaban desnudas hasta las rodillas.





Por fin, él centró su atención en su pie izquierdo. Lo cogió con suavidad con sus elegantes manos y lo giró ligeramente para inspeccionar el corte de la parte inferior. Su tacto era delicado mientras apartaba la arena y tanteaba la herida con el pulgar.

—No parece muy profundo —murmuró.

—Ya se lo he dicho, milord. Estoy perfectamente bien. Y no me gusta que me toque.

En lugar de responder, lord Wycliff comenzó a sacarse el borde de su camisa de la cinturilla de los calzones.

Brynn abrió los ojos asustada.

—¿Qué está usted haciendo?

—Desgarrar una tira de mi camisa para vendar su herida. En estos momentos, no tengo ningún otro vendaje, ni siquiera un pañuelo.

Ella advirtió que era una camisa costosa, confeccionada con la más excelente batista, con cuyo precio la familia de un plebeyo hubiera podido mantenerse durante semanas. Pero se decía que el conde de Wycliff era acaudalado, lo bastante como para destrozarse una docena de prendas como aquella sin pensárselo dos veces, supuso Brynn.

—Estropearé la camisa —protestó ella débilmente.

Él volvió a exhibir su encantadora semisonrisa.

—Pero mi sacrificio es por una buena causa.

Rasgó el tejido por abajo, desgarró parte del borde y luego comenzó a vendarle el pie.

Brynn se mordió el labio y contempló la morena cabeza mientras él se hallaba inclinado. Su proximidad la afectaba de manera extraña, alterando sus sentidos y acelerando de modo ridículo los latidos de su corazón. Sus cabellos, largos y rizados, eran de un castaño intenso, el rico color del chocolate oscuro, y podía distinguir su limpio aroma masculino por encima del penetrante olor de la sal marina.





Él también parecía íntimamente consciente de su presencia, porque su toque era persistente y provocativo mientras le vendaba el pie. Cuando hubo hecho un limpio nudo sobre la parte superior, se quedó inmóvil. De repente, levantó la vista y sus ojos color zafiro se habían ensombrecido.

Brynn se estremeció. *¡Dios bendito!* Había visto aquella expresión anteriormente en los ojos de los hombres. Deseo, necesidad, primitiva lujuria masculina. Ella estaba allí sentada, mojada y sucia como un gato ahogado y, sin embargo, aquel hermoso desconocido la miraba como si fuera la mujer más hechizadora que había conocido.

Brynn pensó que de nuevo se trataba de la maldición de la gitana, y el alma se le cayó a los pies. El poderoso hechizo que había hecho que los hombres se volvieran locos por las mujeres de su familia desde hacía casi dos siglos. Y ella estaba sola con aquel perverso lord, vistiendo escasamente un palmo de ropa.

Se estremeció, pese al calor del sol que descargaba sobre su cabeza mojada.

—¿Tiene frío? —le preguntó él con voz de repente ronca.

—No... ya le he dicho que estoy perfectamente. O lo estaría si usted se marchase y me dejara en paz.

—No sería caballeroso por mi parte dejarla en estas condiciones. Está herida.

—Me arreglaré bastante bien.

—No se referirá a caminar hasta su casa, sirena. ¿Dónde vive? La llevaré.

Brynn vaciló. Desde luego, no podía permitir que la llevara. No podía ser vista a solas con aquel noble de fama tan escandalosa, especialmente en aquel estado de desnudez. Aunque se hubiera puesto el vestido, que era uno de los más viejos que tenía, aparecer en público en sus brazos seguro que provocaría un es-





cándalo. Simplemente diciéndole su nombre, ella ya se exponía a tener problemas.

Si él se fuera, Brynn podría regresar a casa por la cueva que estaba conectada por un estrecho túnel al hogar de su familia, en la roca superior.

Simulando pesar, bajó la mirada para ocultar la mentira de sus ojos. Sería preferible que le hiciese creer que era una sirvienta. En realidad, sospechaba que él ya lo había creído así porque ninguna auténtica dama hubiera ido a nadar con una camisa como aquélla.

—A mi amo no le gustaría que me acompañase a casa un desconocido.

—¿Tiene un protector?

Por lo que él preguntaba, ella comprendió que quería saber si era la amante de alguien.

—Sí, milord.

No le dijo que su «protector» era su hermano mayor, sir Grayson Caldwell.

—Naturalmente, debería haber imaginado que una mujer tan encantadora como usted debía de estar comprometida —dijo en voz baja y sensual.

—Déjeme ir... por favor.

Hubiera descendido de la roca donde estaba sentada, pero él se encontraba directamente frente a ella, demasiado próximo como para sentirse cómoda.

—Aún no me ha dicho su nombre.

—Es... —Se proponía decir Elizabeth, que en realidad era su segundo nombre, pero pocas sirvientas se llamaban de manera tan elegante—. Mi nombre es Beth.

Él juntó sus espesas cejas mientras la examinaba.

—En cierto modo no es adecuado. No hace justicia a una nin-





fa marina. Yo la llamaré Afrodita. Es lo primero que pensé cuando la vi saliendo de la espuma.

—Prefiero que no me llame de ningún modo y que se despida.

La miró divertido con los ojos semientornados y la observó un momento.

—¡Vaya! ¡Menuda fiera está hecha! Su protector debe de estar muy ocupado tratando con usted.

—Eso no es asunto suyo, milord.

—No, lamentablemente no lo es.

Su murmullo era ronco y vibrante. Seductor. Acariciaba sus sentidos como terciopelo.

—¿Me dejará en libertad? —respondió, en exceso jadeante.

—Sí, con una condición.

—¿Condición?

Brynn lo miró cautelosa, dispuesta a defenderse. Tras las frustraciones de aquella jornada, no estaba de humor para ser tratada sin respeto, ni deseosa de convertirse en juguete de un crápula.

—Debe pagar un precio.

Alzó la mano hacia su rostro y le rozó la boca ligeramente con un dedo.

—Un simple beso. Nada más.

Brynn temía que él no tendría bastante con un beso. Ni siquiera un libertino tan experimentado y hastiado como el conde de Wycliff sería capaz de resistir la terrible maldición gitana. Para su eterna consternación, ella poseía poderes femeninos únicos. Un irresistible atractivo que había heredado de su legendaria antepasada.

Sin embargo, sabía que no se libraría de él a menos que accediese.

—Si le beso, ¿me promete marcharse?

—Si insiste...



—¿Me da su palabra de honor?

—Absolutamente.

La miró de un modo íntimo y ella no pudo desviar los ojos. Deseaba poder creer en él.

—Muy bien —dijo con intensa desgana—. Un beso.

Con la garganta seca, Brynn se puso en tensión mientras él la cogía por la cintura para bajarla de la roca. Pero en lugar de depositarla en el suelo, la estrechó contra él. Brynn se quedó sin aliento mientras él la deslizaba deliberadamente por toda la extensión de su cuerpo.

Su seductora sonrisa no era exculpatoria.

—Si se me va a permitir un solo beso, debo conseguir que éste sea bueno.

Inclinó la cabeza mientras seguía estrechándola contra sí.

Sus labios eran cálidos, sorprendentemente suaves y más tentadores de lo que ella podía haber imaginado. Trató de mantenerse tensa, pero le resultó imposible bajo la caricia de su atractiva boca.

Él comenzó a mordisquear su labio inferior, pellizcándolo suavemente, mientras acariciaba la curva de su columna dorsal. Brynn sintió los primeros indicios de una respuesta sexual para la que no estaba preparada.

De manera inconsciente, separó los labios, lo que él aprovechó de inmediato. Delicado e inexorable, deslizó la lengua dentro de su boca en una lenta y concienzuda invasión. Su sabor era en extremo excitante. Ella se estremeció ante la cálida caricia de su lengua áspera y sedosa en su boca, sintiendo un dulce y extraño dolor entre los muslos.

Entonces el beso se hizo más exigente despertando un apetito en ella al que no daba crédito. Todos los nervios de su cuerpo estallaron y se tensaron mientras la lengua de él jugaba con la



suya encontrándola, engatusándola, retorciéndose en una prolongada y sensual pauta de retiro y penetración. Dejó escapar un indefenso gemido desde el fondo de su garganta. Podía sentir los lentos movimientos de las caderas de él contra las suyas, el vergonzoso hormigueo de sus senos, el descarado calor que irradiaba de entre sus muslos.

Entonces él la acercó aún más al intenso ardor de su cuerpo, adaptándola más fluidamente contra su rígida erección y ella tuvo dificultades para seguir respirando. Y sus manos...

El pulso de la mujer latió salvajemente cuando los largos dedos de él se curvaron sobre su seno. En alguna parte de su mente sabía que no debía permitirle tales libertades, pero no encontraba las fuerzas para protestar. Sus ágiles dedos la acariciaron, sosteniendo y jugueteando con el arrugado pezón con experta pericia.

Tenía el corazón desbocado cuando él por fin alzó la cabeza, aunque sin soltarla. La traspasó con la mirada, penetrando en su interior de un modo inquietantemente íntimo.

—Deseo probarte —dijo con voz áspera y rota.

Brynn sabía que debía dar media vuelta y echar a correr, pero no podía moverse. Había quedado cautiva de la profunda intensidad de su mirada.

Él le apartó de la sien un mechón mojado y luego movió las manos hacia el escote de su camisa. La toalla quedó olvidada en el suelo mientras él exponía sus senos al cálido sol y a su encendida mirada.

Con los ojos ardiendo como carbones encendidos, Wycliff inclinó la cabeza. Ella sintió el suave roce de su aliento antes de que sus labios capturasen un enhiesto capullo. Gimió mientras él la lamía, acariciando con la lengua el puntiagudo pezón. Luego cerró su boca húmeda y hambrienta sobre aquella cresta, atrayendo





la suave y henchida carne entre sus dientes, tirando de ella con un intenso movimiento de aspiración.

La sensación que recorrió en un segundo el cuerpo de ella fue tan insoportablemente violenta, que sintió que se le doblaban las rodillas. Llevó las manos a los cabellos del hombre y las hundió en su sedosa densidad. Él apretó la espalda de ella contra la roca, pero Brynn no protestó, ignorando la voz de la razón que gritaba dentro de su cabeza. Él la estaba seduciendo y a ella no le importaba.

El hombre introdujo íntimamente una rodilla entre sus muslos enviando cuchillas de deseo por su tembloroso cuerpo. La dura roca se le clavaba dolorosamente a través del tenue tejido de la camisa, sin embargo, se encontró sujetando la cabeza de él contra su seno, tratando de atraer aún más su atormentadora e implacable boca.

Wycliff siguió saboreándola, atormentándola, mientras los sentidos de Brynn enloquecían. ¡Santo Dios!, ¿qué le estaba sucediendo? Ningún hombre la había afectado nunca de aquel modo. Nunca había experimentado tan intensas sensaciones, un deseo tan incontrolable. Era *ella* quien enloquecía a los hombres, no al contrario. Los hombres eran las víctimas del poderoso hechizo gitano.

¡Gran Dios, la maldición!

Desde algún lugar lejano, un difuso rayo de razón se filtró en su conciencia. Aquello era una locura. Él era demasiado ferviente. Su apasionado abrazo estaba volviéndose incontrolable, entrando en una espiral sombría y peligrosa. Brynn sabía sin duda que su virginidad se hallaba en juego; si le dejaba continuar, sabía que acabaría perdiendo la inocencia.

—No... por favor... Usted prometió —balbuceó.

Haciendo acopio de un último vestigio de resistencia, trató de separarse de él. Sin embargo, ante su desaliento, él no la soltó.





Su desesperación fue en aumento. Al borde del pánico, Brynn impulsó la rodilla entre sus muslos, golpeando la dura carne masculina allí oculta bajo sus calzones.

El agudo sonido que él profirió en respuesta se hallaba entre un grito y un gemido, pero el golpe tuvo el efecto deseado de hacer que él la soltara con una maldición contenida. Ella captó un vislumbre de su rostro —sorpresa, dolor, ira— mientras se doblaba sobre sí mismo. Permaneció así un momento, apoyando las manos en las rodillas mientras luchaba por recobrar la respiración.

Brynn se lo quedó mirando, palpitantes los desnudos senos. Ninguna dama reconocería estar enterada de las intimidades de un cuerpo masculino, pero como ella había crecido con cinco hermanos, algo sabía acerca de peleas. El propio Grayson le había enseñado a defenderse físicamente de pretendientes demasiado apasionados, instruyéndola en cuáles eran las partes más vulnerables de la anatomía masculina.

Por primera vez desde hacía meses Brynn se encontró bendiéndose a su hermano mayor en lugar de maldecirlo.

Pero aún tenía delante a un furioso y herido varón con el que enfrentarse. Lo comprendió cuando el hermoso lord Wycliff levantó la cabeza. Pese a la vidriosa y velada mirada de sus ojos, aún fijaba en ella la vista, escudriñando sus senos desnudos.

Desesperada, se levantó la desaliñada camisa y retrocedió unos pasos deslizándose entre él y la roca. Lamentaba haberle causado aquel dolor, pero no había habido otro medio de romper el hechizo.

—Lo siento —murmuró desafiante—, pero usted no debía haberme besado, ni tocado de ese modo.

A él todavía le faltaba el aliento cuando le respondió de modo sorprendente:





—Lo sé. Ha sido imperdonable por mi parte.

Brynn le devolvió la mirada con cautela mientras se aproximaba a sus ropas.

El hombre retorció su sensual boca con una expresión a medio camino entre mueca dolorosa y sonrisa suplicante.

—Soy yo quien debe disculparse. Mi única excusa es que me exalté ante sus encantos.

Su disculpa la sorprendió porque no estaba segura de si podía fiarse de él. Recogió su vestido y sus zapatillas y los estrechó contra su pecho ocultando los senos de su vista.

—Supongo que no pudo evitarlo —contestó ella de mala gana.

Aferró sus ropas, se volvió y trepó por el sendero pedregoso que atravesaba la cara rocosa, olvidada de su pie herido.

Se detuvo una vez para mirar tras ella. Lord Wycliff seguía abajo, en la playa de guijarros, mirándola. Tenía las manos apoyadas en sus estrechas caderas, con las poderosas piernas ligeramente separadas, como si estuviera en lo alto de una montaña inspeccionando sus dominios.

Brynn comprendió con inmenso alivio que no se proponía seguirla. No obstante, estaba segura de que no sería la última vez que vería al arrogante conde.

Se volvió y echó a correr, desapareciendo tras un matorral que pendía precariamente en el borde del sendero.

Cuando ella se perdió de vista, Lucian respiró con quedo apresuramiento. El encuentro lo había dejado inesperadamente agitado.

Verse superado por una sirvienta era una nueva experiencia. De hecho, era raro que una mujer se resistiera a sus avances, y aún más singular para él perder el control, tal como le había sucedido.

Lucian agitó la cabeza sintiendo que torcía la boca en una di-





vertida y autoburlona sonrisa. No estaba en absoluto acostumbrado a verse desairado. Normalmente, fuese cual fuera su rango o sus pretensiones de hermosura, todas las mujeres competían por su atención y sus favores. Hasta entonces, nunca había sido agredido por ninguna.

Todo aquel intervalo había sido algo completamente imprevisto. Se hallaba en una misión de búsqueda por cuenta de la Inteligencia Bélica, registrando las calas que había a lo largo de la costa marina en busca de lugares donde pudiera estar escondido el oro robado. Lo último que esperaba encontrar era una ninfa marina apenas vestida, con llameantes cabellos castaño rojizos y ojos color esmeralda.

Había quedado hechizado al instante, y la había observado fascinado salir del agua; anonadado por la salvaje belleza con que se había topado. Cuando ella se detuvo a plena luz del sol, con la suave brisa marina soplando sobre su cuerpo, le había parecido una diosa primitiva y se había quedado sin aliento contemplándola.

Para su complacencia, descubrió que no era una criatura imaginaria, sino por completo real, una tentadora mujer de carne y hueso. Todo en ella era profundamente sensual, desde el intenso resplandor de sus cabellos y su piel cremosa y suave, hasta sus esbeltos muslos, desnudos y salpicados por el mar. Y aquellos ojos...

Él podría perderse en aquellos ojos verdes y brillantes.

¿Quién diablos era? Tenía demasiado buen acento para ser sólo una sirvienta. Quizá una de clase superior; la doncella de una dama tal vez, o una institutriz. Salvo que ninguna institutriz miraba tal como ella, ni poseía tan enérgica decisión, ni una lengua tan mordaz. Estaba un poco asombrado por su osadía.

Evidentemente, ella había demostrado la confianza de una mujer segura de su posición. Su belleza merecía sin duda el homenaje de un protector acaudalado.





Lucian sabía que sería una amante magnífica, fiera, desdeñosa y, sin embargo, sexualmente lo bastante perceptiva como para hacer coincidir sus intensos apetitos con los propios.

Se imaginaba, entusiasmado, deslizándose profundamente en su sedoso cuerpo, sintiendo que ella lo envolvía con aquellas ágiles y graciosas piernas, la nube de su glorioso cabello enredándose en él mientras la tomaba en medio de la pasión. Aquello bastaba para encenderle la sangre. Y pensar en su reacción...

Sabía que ella lo había deseado. Lucian había reconocido todas las señales de una mujer excitada, su cuerpo volviéndose flexible mientras él la sostenía y acariciaba, y sus gemidos de placer cuando él había saboreado sus exuberantes senos...

Aquel simple recuerdo hizo que lo recorriera una oleada de calor. Lucian profirió un juramento en voz baja ante la tensión de sus ingles. Nunca se había quedado atormentado de tal modo por un deseo no consumado desde la adolescencia.

De modo que ¿cómo podía proceder en adelante? ¿Se dejaría ella convencer con engaños para abandonar a su protector con la promesa de riquezas y alguna consideración importante? Sin duda, estaba intrigado, y su lozana hermosura lo había hechizado.

Era una lástima que su rango no fuese más elevado. Desde hacía meses buscaba una esposa que le diera un hijo. Si su linaje fuese mejor, no hubiese dudado en reclamarla.

Pero a pesar de su falta de educación, él hubiera disfrutado retozando con ella. No, más que retozar, rectificó Lucian. Experimentaba una dolorosa e impaciente necesidad de poseerla. Deseaba a aquella fascinante belleza en su cama.

Entornó los ojos mientras contemplaba el sendero de la roca por donde ella había huido. La deseaba. Y Lucian Tremayne, séptimo conde de Wycliff, solía conseguir lo que quería.

